

LA ISLA MÍTICA DEL MÍTICO GAROÉ

Maximiano Trapero

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Las cuatro cosas más famosas de Canarias

Dos cosas hacían famosas en el mundo a las Islas Canarias en la mitad del siglo XVI, al decir del cronista de Indias Francisco López de Gómara: «los *pájaros canarios*, tan estimados por su canto, que no lo hay en ninguna otra parte, según afirman, y el *canario*, baile gentil y artificioso». Pero otras dos habría que añadir para ser justos con la extraordinaria fama que las Canarias alcanzaron en la España y en la Europa del Renacimiento avanzado: las *endechas «de Canarias»*, que tanta influencia tuvieron en los músicos y poetas españoles de mitad del XVI, y el *Garoé*, el árbol milagroso «que manaba agua». Ni que decir tiene que esos cuatro motivos, por lo novedosos que eran en el Viejo Continente y por provenir de unas tierras inéditas de las que se contaban maravillas, se convirtieron pronto en legendarias y, andando el tiempo, en otros tantos tópicos que han quedado en la literatura clásica de las Islas.

De esos cuatro motivos, sólo uno, el del *Garoé*, está vinculado con exclusividad a una sola Isla, siendo los otros tres generales, sin que pueda asignárseles un origen insular concreto. Pero, curiosamente, la isla de El Hierro puede tener el orgullo de ser la única en reivindicar para sí el origen —quiera sea compartido— de los cuatro, y en el caso del *Garoé*, la indudable exclusividad. Con respecto a los *pájaros canarios* habitan las zonas más boscosas de todas las islas occidentales (desconociéndose en las de Fuerteventura y Lanzarote). Del *baile canario*, introducido sin duda en el Continente por los esclavos isleños, y que tanto gustó en las cortes europeas y en los ambientes populares españoles, dice Torriani, que los herreños «bailaban cantando, porque no tenían otro instrumento; y creo que de allí tiene su origen el famoso baile canario» (el subrayado es nuestro). Y respecto a las *endechas*, de El Hierro procede así mismo una de las dos únicas que se conocen en lengua guanche (la otra es de Gran Canaria), recogidas por Torriani en su *Descripción de las Islas Canarias*. Dice que decían así los herreños:

Mimerahanà zinu zinuhà
Ahemen aten haran hua
Zu Agarfù fenere nuzà.

Y que traducida al castellano, quería decir:

Acá nos traen. Acá nos llevan.
Qué importa leche, agua y pan,
sí Agarfa no quiere mirarme.

El mito del árbol que manaba

El motivo del *Garoé*, bien por lo que tuvo de cierto, bien por lo que la leyenda ha hecho de él, ha de considerarse con toda justicia el símbolo principal de la Isla de El Hierro. Gracias a él la isla de El Hierro, siendo la más pequeña del Archipiélago, tiene un puesto seguro entre las maravillas de la

naturaleza del mundo entero, y a su conocimiento y comprensión se han dedicado naturalistas famosos, viajeros insignes e historiadores de primer orden. Y gracias a él, el Hierro tiene una literatura abundantísima en la que no escasean los relatos más fantásticos y se acomodan las historias locales a las leyendas más universales.

Hay que decir, sin embargo, que la fama del Garoé, fue fraguada en la tradición oral, como siempre ocurre con los mitos. Y que de todos los cronistas, historiadores, naturalistas, científicos, viajeros y curiosos que lo citan, sólo unos pocos —poquísimos— pusieron sus pies en la isla de El Hierro, y menos aún fueron los que llegaron a ver con sus propios ojos aquel árbol milagroso. De donde se deduce que lo que se escribe, se debe más al comentario y a las referencias que se habían oído que a lo que los ojos habían visto, y así, poco a poco, invención tras referencia, y fantasía tras naturaleza, se ha forjado el mito del Garoé, siendo éste generalmente el único tema que se cita de la geografía y de la historia de El Hierro. Por ejemplo, a mitad del siglo XVI, el cronista de Indias López de Gómara lo que dice de El Hierro se reduce a bien poco: «El Hierro, según opinión de muchos, es la Pluitina, donde no hay otra agua sino la que destila un árbol cuando está cubierto de niebla, y se cubre cada día por las mañanas: rareza admirable de natural». Mientras que un siglo más tarde, en 1678, otro historiador, José Martínez de la Puente, que escribe sobre las Islas según lo que ha recogido de autores anteriores, limitándose también al motivo del Garoé, tiene que dar ya, empero, una larga lista de los muchos autores que han tratado del tema —y en esa lista no están todos—, extendiéndose en consideraciones novedosas y en interpretaciones personales y dejando constancia de su desaparición: «La Isla de El Hierro llamada en Griego Hombrion, y en Latín Pluvialia..., porque en ella no había agua de fuente, ni de pozo; y la Providencia Divina (que a nada falta) ordenó que sobre un árbol muy copado, que estaba en ella siempre verde (y lo que más es, sin crecer, ni envejecerse) llamado Til; todos los días al amanecer se ponía una niebla, a manera de nube alba, que le cubría de rocío, y se destilaba por las hojas tan copiosamente agua dulce muy buena, que llenaba un estanque, dispuesto a propósito al pie de él, para cogerla, de donde bebían todos los hombres y ganados de la Isla... Este árbol Til duró así más de 3 mil años, hasta el de 1626 de nuestra Redención (con poca diferencia) que le arrancó un gran temporal, y que dejó algunos vástagos, que tenían la misma virtud; pero que habiéndose secado, se hicieron después tantos pozos y aljibes que no se echó menos el Til».

Los testimonios de Torriani y de Abreu Galindo

Sin duda, la descripción más detallada y «verdadera» del Árbol Santo se debe a Abreu Galindo, quien se asegura que viajó a la Isla de El Hierro para ver el dichoso árbol, y su relato quedó como modelo para todos los demás autores posteriores, con la circunstancia añadida de que quizá fuera el franciscano el último de los que escriben sobre el Garoé que lo viera en pie.

a) Cómo era

Empieza diciendo Abreu que «el tronco tiene de circuito y grosor 12 palmos, y de ancho cuatro palmos; y de alto tiene cuarenta desde el pie hasta lo más alto, y la copa en redondo ciento veinte pies en torno; las ramas, muy extendidas y coposas, una vara alto de la tierra. Su fruto es como bellotas, con su capillo y fruto como piñón, gustoso al comer y aromático, aunque más blando. Jamás pierde este árbol la hoja, la cual es como la hoja del laurel, aunque más grande, ancha y encorvada, con verdor perpetuo, porque la hoja que se seca se cae luego, y queda siempre la verde. Está abrazada a este árbol una zarza, que coge y ciñe mucho de sus ramos».

A lo que conviene añadir, porque es de justicia, lo que de personal tiene la descripción de Torriani: «La verdad es que este árbol no es otra cosa que el incorruptible til... Este árbol busca los montes y es duro, nudoso y odífero. Tiene hojas llenas de nervios y parecidas a las del lauro. El fruto es

medio pera y medio bellota; las ramas intrincadas; nunca pierde las hojas y no alcanza grandes alturas... Este árbol es tan grueso que apenas lo pueden abrazar cuatro hombres. Está lleno de ramas muy intrincadas y espesas. Su tronco está completamente cubierto con una pequeña yerba que crece en todos los árboles que tienen mucha humedad... Está tan torcido en su parte baja, que los hombres que van a verlo suben y pasean por encima de ella».

b) Dónde estaba

Dice Abreu Galindo que el «lugar y término donde está este árbol se llama *Tigulabe*, el cual es una cañada que va por un valle arriba desde la mar, a dar a un frontón de un risco, donde está nacido en el mismo risco el Árbol Santo». Conociendo el lugar, la descripción del franciscano, es verdadera, pero a no ser por ese topónimo Tigulabe que cita, la localización podría resultar impracticable. Y resulta que el topónimo citado ha desaparecido sin dejar rastro: ni ha pervivido en la tradición oral, que es la vía más importante en la permanencia de la toponimia, ni siquiera ha quedado reflejada en cartografía alguna. Hoy preguntar por *Tigulabe* en El Hierro es preguntar por nada. De dónde tomó Abreu el topónimo es algo que no sabemos, ni él lo dice; y además nadie más vuelve a citarlo, a no ser que sea para repetir las palabras del historiador franciscano.

Torriani se conforma con decir que «está situado encima de un barranco, en la banda del norte», mientras que Gaspar Frutuoso, que escribe sus impresiones sobre Canarias a mitad del siglo XVI, dice que está «yendo para la cumbre, no lejos de ella, en una quebrada en una haza pequeña o valle sombrío, por estar en una hondonada, donde el viento no llega duro, sino manso y blando, por lo cual hay continuamente en este lugar una niebla, y si falta a alguna hora del día, no pasa otra que no se concentre la niebla sobre el gran árbol».

c) Cómo «manaba agua»

Abreu da una explicación natural al fenómeno del Garoé, pero entiende y justifica que los antiguos lo tuvieran por cosa maravillosa y sobrenatural, pues «como cosa de la mano de Dios» —dice— está puesto allí para remediar a los habitantes de esta isla que no tienen otro remedio de agua.

La manera que tiene en el destilar el agua este Árbol Santo o garoé —relata Abreu—, es que todos los días por las mañanas se levanta una nube o niebla del mar, cerca a este valle, la que va subiendo con el viento Sur o Levante de la marina por la cañada arriba, hasta dar en el frontón; y, como halla allí este árbol espeso, de muchas hojas, asíéntase en él la nube o niebla y recógela en sí, y vase deshaciendo y destilando por las hojas todo el día, como suele hacer cualquier árbol que, después de pasado el aguacero, queda destilando el agua que recogió; y lo mismo hacen los brezos que están en aquel contorno, cerca de este árbol; sino que, como tienen la hoja más disminuida, no recogen tanta agua como el til, que es muy más ancha; y esa que recogen, también la aprovechan, aunque es poca, que sólo se hace caudal del agua que destila el garoé; la cual es bastante a dar agua para los vecinos y ganados, juntamente con la que queda del invierno recogida por los charcos de los barrancos.

Por su parte, la descripción de Torriani es más naturalista, más desmitificadora, menos poética, como que viene de un ingeniero que a todo quiere someter a las leyes de la razón.

La maravilla de gotear agua —dice el ingeniero cremonés— no es otra cosa, sino que, cuando reina el viento levante, allí en este valle se recogen muchas nieblas que después, con la fuerza del calor solar y del viento, suben poco a poco, hasta que llegan al árbol; y éste detiene la niebla con sus numerosas ramas y hojas, que se empapan como si fuese guata y, no pudiéndola conservar en forma de vapores, la convierte en gotas que recaen espesísimas en el foso.

Por tanto, la maravilla no está tanto en que sea «un» garoé, como en que sea un árbol, cual sea, que esté situado justo en el lugar donde las nubes van a pasar con mayor fuerza para descargar sobre él

su vientre de agua. Por eso —sigue diciendo Torriani, y dice verdad— «todos los árboles de esta clase producen el mismo efecto cuando pasa la niebla encima de ellos, e igual lo hace la carrasca en todas estas islas donde haya niebla; pero ni los unos ni los otros producen tanta cantidad, por ser pequeños».

d) ¿Cómo se repartía el agua?

Abreu Galindo acaba su comentario sobre el Garoé diciendo que está junto a este árbol «una guarda que tiene puesto el concejo, con casa y salario, el que da a cada vecino siete botijas de agua, sin la que se da a los señores de la isla y gente principal, que es otra mucha cantidad».

La noticia del guarda puesto por el Concejo para custodiar el Árbol Santo no la da sólo Abreu, da cuenta también de ella el P. Bartolomé de Las Casas, quien estuvo en las Islas camino de las Indias y supo algo sobre ellas, diciendo que «está allí una casa, en la cual vive un hombre que es guarda del estanque, porque se pone en la guarda de aquel agua mucho recaudo».

Y también el viajero portugués Gaspar Frutuoso, que estuvo en las Islas por la mitad del siglo XVI, supo de la guarda que los bimbapes ponían sobre el garoé y del caudal de agua que producía. El lugar estaba cerrado —dice—, «y los merinos o guardas tienen la llave, y se reparte entre todos, tres o cuatro veces cada semana. Es cosa maravillosa que jamás esté vacía, pero a causa de los rebaños de ovejas y cabras, que ahora hay más que nunca hubo, se pone tanta guarda en esta agua, aunque sobra para todo».

Que los bimbapes debían de tener buen cuidado con aquel manantial no cabe la menor duda, pues que de él dependía la subsistencia de sus habitantes, porque aunque el «manantial» fuera inagotable, su caudal era reducido y dependía de la voluntad del cielo. Por eso, Torriani, aún sin dar la noticia de la guarda, insiste también en que el agua «se reparte con buena cuenta entre los isleños».

La cuantía del agua caída del árbol resultaría impredecible, pues ni era fija ni podía ser regular, pero hay una opinión mayoritaria —mayoritaria, que no unánime— en el sentido de que con ella bastaba para abastecer a la población de la isla. Abreu Galindo dice que ésta estaría compuesta por «más de mil personas; y a todos sustenta y da de beber este árbol». Sin embargo, Torriani corrige al franciscano diciendo que con la del árbol y aún con la de otras fuentes «no hay agua bastante para sustento de la gente». Con todo, hay quien se atreve a cuantificar la producción de aquel árbol portentoso; y así, Abreu dice que «cógense cada día más de veinte botas de agua».

En cuanto al reparto, el Padre Las Casas escribió que daban a cada vecino, por medida, «tantas cargas o cántaros de agua, conforme a la gente y ganados que tiene y ha menester», una manera muy justa de repartir, no igualitaria, sino proporcional.

¿Qué tipo de árbol fue el garoé?

A través de las distintas referencias expuestas se percibe la enorme confusión que produjo el desconocimiento de la naturaleza del Árbol Santo. Para unos era «a manera de álamo», para otros sus hojas eran «como de laurel, aunque mayores», para otros «como de olivo». Torriani se burla de quienes dicen «que está vaciado, a manera de caña, y que nació casualmente encima de una fuente; de modo que el agua entra, debajo de la tierra, en el tronco, y después sale por algún lado, de manera que parece que el árbol produce el agua por su propia naturaleza». Otros autores —sigue diciendo el ingeniero italiano— «suponen que es tan seco y poroso, que tiene la fuerza, como el imán, de chupar el agua de la tierra y devolverla después por sus ramas y por sus hojas». El misterio estaba servido al creer la mayoría que se trataba de un árbol totalmente desconocido: «No ay en todas siete islas árbol de aquella natura, ni en toda España, ni ay hombre que otro tal aya visto en parte alguna», proclamó el cronista de los Reyes Católicos Andrés Bernaldez, recogiendo la creencia más general y difundida que había en su tiempo sobre el dichoso garoé.

Según escribe Gaspar Frutuoso, al no saberse de qué especie era el árbol, «un serrador de madera o carpintero que fue a parar allí de la isla de la Madera, afirmó que era til, así en la hoja como en la corteza». Es decir tuvieron que llevar al lugar a reconocer a aquel misterioso árbol de especie desconocida a alguien que procedente de Madeira podría identificarlo de inmediato, puesto que la Madeira y las Canarias tenían una misma vegetación. El madeirense lo identificó: se llamaba *til*. Eso era lo único que se sabía de él, puesto que según Abreu Galindo era el único árbol de aquella especie que había en la isla. Pero fue la primera pista segura. Se trataba de una especie propia de las Islas Atlánticas (Madeira, Azores y Canarias), inexistente en la Península Ibérica y, por tanto, desconocida para los españoles. Porque el til no debe confundirse con el tilo: éste es una tiliácea, que da la flor de tilo, usada en la conocida infusión llamada *tila*; mientras que el til canario (el plural es *tilas*) es de la familia de las laureáceas, un *Ocotea foetens*, una especie más del conglomerado que compone la *laurisilva* propia de la Macaronesia.

La destrucción del mito...

El Garoé desapareció; fue derribado por un huracán en la primera mitad del siglo XVII: según una placa que han puesto en el lugar, en 1605; según la opinión mayoritaria, en 1610; según otros, en 1612; según alguno en 1625. Pero el mito siguió vivo en la literatura sobre la isla de El Hierro, como hemos visto con infinitos testimonios. Incluso Viera y Clavijo tiene que denunciar, ¡en la segunda mitad del siglo XVIII!, cuando escribe su *Historia de Canarias*, que haya todavía naturalistas e historiadores franceses que sigan hablando de las maravillas de un Garoé vivo. Hubo quien, como George Glas, comparó al Garoé con otros árboles de la isla de Santo Tomás, en el Golfo de Guinea, y con otros que existen cerca de la montaña de Vera Paz, en América, que también destilan agua. El propio Viera y Clavijo, que en este caso, como en todos los demás, es el historiador que tiene a su mano la mayor —por no decir la total— documentación sobre las Islas, tiene que denunciar los mentís de ilustres personalidades sobre la existencia del Garoé: al célebre Bacón de Verulano y a Monsier La Maire, que dicen que es fabuloso; a Tomás Cornielle, que dice que fue soñado; a los geógrafos Sansones, que exclaman que los viajeros apostaron a cuál mentiría más en el asunto; a Mons. Nablou, que dice que todo ha sido una patraña; a Barbot y Martineau—Duplessis, que le pretenden un origen ficticio; al P. Taillandier, que dice que es un cuento inventado por los viajeros; al autor del *Teatro Crítico Universal*, nuestro Padre Feijóo, que lo cree tan fingido como el vuelo del ave muerto; y al Padre Sarmiento, que lo trata de novela, mentira, embuste y error. Concluye el gran historiador canario: «No hay cosa más cierta que la existencia de este árbol extraordinario, sus destilaciones y su ruina por efecto de un huracán».

Pero ya el Garoé pertenecía a la mitología, y los mitos no tienen tiempo. Y el mito siguió vivo también en la memoria de los herreños, que han recordado con fidelidad hasta hoy el lugar en que estuvo emplazado.

La curiosidad suscitada acerca de la verdadera existencia del Garoé tras su desaparición fue tal que, en el siglo XVIII, el Conde de La Gomera y Señor de El Hierro, don Domingo de Herrera, ordenó se practicara en la Isla un reconocimiento del preciso punto en que existió el árbol. Dichas diligencias —relata el historiador de la Isla de El Hierro Dacio Darías Padrón— fueron evacuadas ante el Alcalde Mayor Acosta Martel, el 28 de febrero de 1753, declarando en las mismas testigos desde ochenta hasta noventa y cuatro años de edad, quienes confirmaron la verdadera y constante tradición de la existencia del notable y desaparecido árbol, llegando a señalar el sitio en que estuvo plantado y a mostrar los restos de las albercas en que se recogía el agua.

...Y el nacimiento de la razón

Y vino el tiempo de la modernidad y de la razón. ¿Si fue posible que en un tiempo remoto un

árbol produjera aquellas maravillas, por qué no intentar reproducir la maravilla?

Así se hizo. Para conmemorar la 54ª Bajada de la Virgen de los Reyes, correspondiente al año de 1957, se plantó en el mismo lugar en el que estuvo el histórico y verdadero Garoé otro árbol, un til, de la especie autóctona de las laureáceas, propia del monte verde de las Islas Atlánticas, como ya se ha dicho. El plantón hubo que traerse de La Palma, porque en El Hierro no había, del lugar que en aquella isla se llama *Los Tilos*, uno de esos rincones verdaderamente maravillosos, mágicos, que hay en Canarias, imposible de describir sin que previamente se haya sentido el frescor que allí huele y la luz entrevelada que allí abriga.

Hoy, casi cuarenta años después, cualquiera que llegue al lugar podrá comprobar con sus propios ojos que los relatos antiguos no decían mentiras: podrá ver un árbol frondosísimo cuyas ramas cubren el gran vacío del cañón en medio del cual está plantado, y aún percibirá que el espacio excavado para el árbol empieza a quedársele estrecho y las ramas se aprietan en los extremos y tienen a subir en vertical; y si por suerte hay bruma, que es lo normal en aquel lugar, podrá ponerse debajo del árbol y en pocos minutos quedar totalmente empapado. Y entonces, satisfechos de curiosidad los ojos y el cuerpo, el afortunado visitante podrá contar que también él estuvo en el territorio del mito.

Tienen razón los vecinos del lugar —cualquier herreño diría lo mismo, como ya lo dijo en el siglo XVI Torriani—: el que sea un til u otro árbol da lo mismo; cualquier árbol que tenga las hojas anchas y lisas goteará con la bruma. El misterio no está en el árbol, o, mejor, no está sólo en el árbol, sino en el lugar en donde esté ese árbol. Muchos viejos herreños de ahora mismo, sobre todo los que han sido pastores, que conocen la isla como la palma de sus manos, podrían dar cuenta no de uno, sino de varios *garoés*. Y la toponimia, que al fin se convierte en el más fidedigno testimonio de la presencia humana en un territorio, también dará cuenta de varios árboles que «manan agua».

El más asombroso, quizá, sería la *Sabina de la Cruz de los Reyes*. Hoy ya no existe: como al viejo Garoé, un desgraciado accidente natural, en este caso un gigantesco y terrible incendio declarado en el verano de 1990, que a punto estuvo de convertir en cenizas el monte entero de El Hierro, se la llevó. Pero todos los herreños y todos los que visitaron la isla antes de ese fatídico año pudieron verla: una sabina vieja, muchas veces centenaria, quizá milenaria, con el tronco retorcido y seco, de unos 4 metros de alto, y con una copa relativamente pequeña, con muy poca fronda, pero cubierta, eso sí, de musgos y líquenes que le bajaban hasta medio tronco. Con eso bastaba. Bastaba que la bruma hiciera su aparición, mucho más cuando venía con viento fuerte, para que a los pocos minutos la sabina empezara a descargar verdaderos chorros de agua. Aquel prodigio, en una isla tan necesitada de agua como siempre lo ha estado El Hierro, merecía que se registrara. Y don Sósimo, guardamontes de la isla por ese entonces, ideó construir un pequeño aljibe en el que recogerla. Al poco, el aljibe se hizo pequeño; se habilitaron entonces grifos y fuentes de las que el público pudiera beber a voluntad y con comodidad. Cuentan que con el agua almacenada hubieran podido beber los varios miles de asistentes de una Bajada de la Virgen, que justamente hacen alto en la Cruz de los Reyes para descansar y reparar fuerzas. Y el agua que iba almacenándose seguía rebosando la capacidad del aljibe; se construyeron entonces varios aljibes más y mayores, en la pendiente del pequeño barranco, comunicados entre sí, de tal forma que cuando rebosara el de arriba empezara a caer en el de abajo. Y todo eso de una sola sabina.

Sobre el nombre del árbol

El nombre con el que ha entrado en la historia y en la leyenda es el de *garoé*, que es el nombre originario con el que se supone lo denominaban los guanches herreños. Incluso hoy, casi cuatro siglos después de desaparecido sigue hablándose del *garoé* y éste es el nombre único con que se le conoce fuera de la isla de El Hierro. Sin embargo, en la propia isla, sus habitantes, cuando hacen referencia a su existencia histórica, o incluso cuando se refieren al lugar en el que estaba, utilizan la denominación de

árbol santo, pudiéndose suponer que el nombre español sea una traducción del nombre guanche, aunque convenga precisar que el significado que tiene aquí el adjetivo *santo* debe ser equivalente a 'milagroso' o 'prodigioso', y no a la acepción que en el español se relaciona con la religión, aunque a Cairasco de Figueroa le pareciera que la denominación de *santo* fuera por la veneración que los bimbapes le dispensaban:

... y es El Hierro la postrera,
donde distila hoy día el **Árbol Santo**
que los antiguos veneran tanto.

No es lo normal, sin embargo, que las citas históricas sobre el árbol santo, vayan acompañadas del nombre Garoé (el que Viana, le llame Capraria no parece otra cosa que una equivocación inexplicable). Más bien, al contrario, las referencias se hacen a un genérico «árbol» o «árboles» que por providencia de la naturaleza (o de la naturaleza divina) destilan el agua que la isla y sus hombres necesitan. El primero que lo llama *garoe* —sin acento— es Torriani, y detrás de él Abreu Galindo, aunque es muy posible que el nombre lo tomen ambos de un mismo manuscrito perdido (el del famoso Doctor Troya), que utilizaran independientemente como fuente de sus respectivas *Historias*. Pero su testimonio debe ser admitido como verdadero, no sólo porque, como tantas veces se ha dicho, Abreu y Torriani fueron, de entre los antiguos, los historiadores mejor informados, sino porque la descripción tan minuciosa que hacen del árbol no puede ser sino de quienes lo han visto con sus propios ojos. Además, en el caso de Torriani, dibuja una rama del Árbol Santo, con sus hojas y frutos, que servirá para identificar la especie a la que pertenecía.

Garoé o árbol santo

«Al árbol llaman *garoe* —dice Abreu—, y al presente los vecinos *Árbol Santo*, que cierto parece cosa maravillosa y sobrenatural». Por su parte, Torriani, escribe que «en lengua herreña se llama *Garoe*» y, un poco más adelante, «que los herreños llaman *Árbol Santo*». Es decir, *garoe* —repárese que en los dos casos va sin acento agudo— es como lo llamaban en su lengua los bimbapes, y «ahora», es decir, a casi dos siglos de conquistada la isla por los castellanos, a finales del siglo XVI, los herreños le llaman *árbol santo*. No sabemos de dónde puede proceder ese cambio acentual con que hoy se pronuncia siempre *garoé*; un cambio de acentuación como éste no suele ser consecuencia de una transmisión oral natural, por lo que hay que suponer una reconstrucción moderna al margen de la tradición. Ya decimos que en la tradición popular de la isla de El Hierro la denominación más espontánea es la de *árbol santo*, sintiéndose la de *garoé* como una imposición moderna. A no ser que Abreu y Torriani —o la fuente de la que ambos beben— transcribieran mal un nombre que ya no estaba en la oralidad —Abreu mismo lo dice—, pues de hacer caso a las Crónicas primitivas de la Conquista, que ésas sí se acercan más en la fecha de su redacción a los hechos a que se refieren, las formas orales con que denominaban los bimbapes al milagroso árbol habían sido *garao* (según se dice en *La Ovetense* y en *La Lacunense*) o *gan* (en *La Matritense*).

Por su parte, el profesor e investigador tinerfeño Juan Alvarez Delgado relacionó el nombre del árbol con el nombre de la isla, a partir de una forma como *eres*, que él dice haber oído en la tradición oral del sur de Tenerife con el significado de 'hoyo o poceta formado en las rocas impermeables de los barrancos donde se acumula el agua de la lluvia'. De donde la palabra *Hierro* derivaría (con confusión fonética o por etimología popular) de una forma primitiva como *Hero* o *Esero* y, a su vez, aquélla, de *eres*, étimo que podría identificarse en los varios topónimos guanches vivos aún en la isla: **Erese**, **Merese** y otros. Con lo cual, el nombre de la isla de El **Hierro** vendría a significar etimológicamente algo así como 'lugar de los charcos'. Y si se considera que *garoé* es también derivación de *eres*, entonces la palabra haría

referencia no tanto al árbol del que «manaba el agua», como a la charca que lo recogía.

Un poema sobre el garoé

Mas, de todas las referencias que de los textos antiguos puédanse citar sobre el Garoé, ninguna alcanza los niveles de lo legendario que alcanza en los versos de Antonio de Viana. Nadie como él, que cantó en versos épicos la conquista de Tenerife y elevó a la categoría de mitos no pocas costumbres, tradiciones y personajes de los primitivos canarios, podía elevar aquella anécdota insular, materia costumbrista, al fin, a la categoría de mito universal. Él que debió conocer cuanto sobre el garoé se había dicho y se decía, puesto que todavía estaba en pie cuando escribió su *Poema*. Aquí ya, claramente, la historia se convierte en literatura; y ha de advertirse que la «historia» de Canarias posterior a Viana es, en gran medida, «vianesca», es decir, novelesca.

No son unos pocos versos los que Viana dedica al Garoé, sino todo un poema (Canto I, vv. 246-319) metido dentro de su gran *Poema* dedicado a las Islas Afortunadas. Empieza por presentar el nombre de la Isla: **Capraria**, por lo grandes y fuertes que son sus acantilados que la sirven de defensa, y **Hero** por el árbol que manaba agua:

Asimismo confirma esta sentencia
Capraria, o Hero, que ahora llaman Hierro,
que el nombre de Capraria significa
en su lengua, grandeza, y Hero, fuente,
de que le dieron título a la isla,
por la gran maravilla de aquel árbol
que mana el agua que les da sustento.

De los dos nombres antiguos, míticos los dos, el segundo fue el que pervivió, nombre derivado y no originario, que lo toma «de la maravilla de aquel árbol» que la convierte en mítica. Obra más del cielo que de la naturaleza, en medio de la isla

haya un árbol tan fértil y vicioso,
que de las puntas de sus verdes ramas,
pimpollos, hojas y cogollos tiernos,
destila siempre líquidos humores,
y, como perlas o celeste aljófara,
claros rocíos de abundantes aguas
que por gajos van incorporándose
al tronco, llegan en corriente arroyo,
y transparentes, bulliciosas riegan
todo el contorno de la tierra dura.

Es un árbol en todo tiempo imperturbable que ni se agosta, marchita ni consume.

Decían los antiguos naturales,
que alguna nube en sus espesas ramas
destilaba las gotas que resuda;
mas engañóse la opinión gentilica,
que, si en filosofía ha de fundarse,
se ve que la virtud que tiene oculta
atrae por su raíz del centro estético
al húmido elemento, como suele
mover la piedra imán al tosco hierro.

Ya se ve que Viana conocía la explicación natural que de su prodigio daban los antiguos naturales de la Isla, pero él se adscribe a la opinión del misterio para hacer que la fama del árbol permanezca en el ámbito del mito. Produce aquel árbol tan suaves, templadas y transparentes aguas que no sólo mitigan la sed sino que se bastan para abastecer a todas sus gentes:

Provéese de allí toda la isla,
y para así hacerlo, se recoge
al agua en una alberca al pie del árbol,
de donde la reparten con buen orden;

No le pasa por alto a Viana el conocimiento que tiene de los hoyos y albercas que habían practicado los naturales para guardar la sobrante y poder dársela al ganado. Justamente de esos hoyos y pocetas que los bimbapes llamaban *eres* (dato que ha confirmado la moderna investigación filológica) le viene el nombre a la isla. Y acaba Viana su poema sobre el Garoé de El Hierro con una confusión de nombres incomprensible para quien tan claro lo tenía al principio del mismo:

Usase hasta agora llamar Heres
a semejantes partes, donde el agua
se suele entretener, y en aquel tiempo
Capraria se llamaba el árbol fértil;
Hera, la arena donde el agua estaba;
y Hero, aquella venturosa isla
a quien dijeron los de España el Hierro,
siéndolo el corromper el nombre propio.

El *garoé* quedó para la historia no ya como un árbol de El Hierro, sino, al revés, El Hierro una isla que tuvo en un tiempo sin tiempo un árbol prodigioso y único que manaba agua: un mito que ha hecho mítica a la isla en que existió.